

do de explicar un rasgo de la sensibilidad medieval, de contenidos a primera vista incompatibles, por medio del análisis de pinturas representativas.

Completan el libro tres anexos: “Descripción de los meses en la tienda de Alejandro”, “Descripción de los meses en la tienda de don Amor” y “Descripción de temas iconográficos en los calendarios monumentales y en las miniaturas góticas”, los tres en forma de tablas; una bibliografía bastante extensa, y una serie de ilustraciones (reproducciones de grabados y pinturas medievales) en las que se basan muchas de las ejemplificaciones y argumentaciones del autor, que ayuda indudablemente a la lectura a pesar de no haberse impreso en colores.

*El ojo espiritual* es un libro complejo, no sólo por la perspectiva interdisciplinaria (pintura, grabado, literatura, filosofía, teología) desde la cual F. Delmar trata el tema de la imagen, que es evidentemente el que más le interesa, sino también por su lenguaje elíptico, que tanto exige del lector. Es un libro parco (y a veces desconcertante) en el uso de elementos unificadores del discurso, tanto de función gramatical como, sobre todo, lógica. F. Delmar no se muestra particularmente pródigo en indicaciones que den una idea clara de la dirección y los fines de sus ensayos eruditos, más poéticos que académicos. Algo que acaso sea impropio pedirle —porque en el prólogo precisa los límites que fija a su obra— pero probablemente la beneficiaría, son las observaciones de alcance por lo menos parcial, que resuman de alguna forma la intención de cada texto. Pues resulta engorroso formarse una idea coherente, de conjunto, de una serie de ensayos con “finales abiertos”, si se me permite el préstamo para este género. El prólogo, que en buena medida funciona como síntesis, no logra suplir la falta de ese requisito de cualquier obra ensayística. Y no creo que omita las conclusiones por no tenerlas, pues crípticamente se insinúa aquí y allá que se pueden formular perfectamente, después de las muy serias indagaciones en las fuentes de cada tema, sino tal vez por juzgarlas demasiado obvias, lo que a mí no me parece.

JOSÉ MIGUEL SARDIÑAS  
El Colegio de México

IGNACIO OSORIO ROMERO, *La luz imaginaria. Epistolario de Atanasio Kircher con los novohispanos*. UNAM, México, 1993; 181 pp.

La labor ardua y encomiable que desarrolla el doctor Ignacio Osorio Romero en este epistolario es constatar la influencia definitiva que ejerce el jesuita alemán del siglo XVII, Atanasio Kircher, en los voceros de la

incipiente cultura novohispana. Como un verdadero destierro de sombras, este destello erudito logra vislumbrar un periodo clave de la todavía oscura cara del seiscientos en la Nueva España. Al presentar la correspondencia entre el sabio alemán y diversos personajes —de los cuales destaca el insólito poblano Alexandro Favián, devoto kircheriano— Ignacio Osorio nos instala en el mismo escenario cortesano y religioso en el que Sor Juana Inés de la Cruz se desenvuelve.

Los puntos de contacto de este ámbito intelectual son variados y significativos. Desfilan en él personalidades como los marqueses de Mancera, virreyes de la Nueva España y protectores de la doncella Juana Inés; aparece, con sorprendentes vínculos, el padre jesuita François Guillot, quien durante sus truncadas misiones al Japón se acerca en Puebla con el nombre castellanizado de Francisco Ximénez, y llega a ser confesor de dichos virreyes. Anteriormente lo había sido del influente obispo Diego Ossorio de Escobar y Llamas, promovido a arzobispo y luego a virrey contra su voluntad. El padre Ximénez es el principal propagador de la obra kircheriana, dadas la amistad en Lyon con el propio Kircher y la correspondencia establecida con éste desde Puebla.

Las relaciones disímboles que entre sí guardan estos personajes novohispanos —ensombrecidos algunos por el olvido o por la talla histórica de los otros— se entretajan a lo largo de estas cartas hasta desembocar en un singular remitente y destinatario: Alexandro Favián. De entrada, no resulta fortuito que el padre Ximénez sea el contacto epistolar entre el afamado Atanasio Kircher y el francamente desconocido hasta entonces Alexandro Favián (?). Pero pronto el carisma, la afinidad y la dedicación a la búsqueda del conocimiento de este personaje poblano le otorgan el privilegio de cartearse con la celebridad científica alemana hasta el grado de lograr merecidamente la dedicatoria de uno de sus libros, el *Magneticam naturae regnum*, en 1667: *Ad inclytum et eximium virum Alexandrum Fabianum Novi Orbis indigenam*. Kircher, al calificar a Favián de “insigne theólogo, philósopho y matemático” lo hace refulgir con luz propia.

Favián, hijo de un próspero comerciante genovés vecindado en Puebla, es el encargado de dilapidar por una noble causa de fe la cuantiosa herencia, hasta los extremos de la pobreza, en una apasionante aventura eclesiástica —fundar la Compañía de Cristo— que, cuantificada en las propias palabras de Favián, en cinco años tiene fabricadas “ocho iglesias della de excelente arquitectura, ricos altares, ornamentos y lámparas y dotaciones” (pp. 16-17). A ella se aúna otra costosa obsesión de carácter científico, cuya intrepidez puede catarse en las misivas a Kircher. Al igual que el sabio jesuita, y a través del coloquio entre el Ángel Cosmiel y Theodacto, Favián pretende en su obra mayor, descomunal hasta lo irrealizable, que intitula *Tautología extática universal* . . . , comprender “todas las dichas ciencias y artes con otro

número de cosas, raras, curiosas, nuevas, peregrinas e inauditas, hasta agora no conocidas o, por mejor decir, mal entendidas, alcanzadas y deducidas con grandes expensas, continuos desvelos, e incansable trabajo, comprobadas, las más, con los irrefragables experimentos..." (p. 150)

Es la historia de una quimera, apunta Ignacio Osorio. El criollo poblano vuelca en ella la vida y la fortuna. Desbordadas con pasión, las consume. En la zozobra de su virtual condena al anonimato refulge como uno de los principales interlocutores de Kircher —por sobre el amigo inscrito en el catálogo de predilectos de Lyon, el padre Ximénez—: Favián es América Criolla con todas las preguntas ansiosas y los reclamos científicos a la Europa culta sobre la modernidad; sobre la Totalidad. Encarna la obsesión americana del pensamiento inédito, reconocido por Europa, pero bajo sus auspicios. Son bases firmes sobre la reorientación del rumbo intelectual de los novohispanos sobre caminos del saber ya transitados, o la osadía de transitar nuevos senderos, tal y como optan don Carlos de Sigüenza y Góngora, Luis de Sandoval Zapata, Sor Juana y los otros, los ensombrecidos paradójicamente por la luz propia de estos nombres. Quizá este mismo fulgor alcanza a ensombrecer al contacto de estos Notables con la obra de Kircher: al padre Francisco Ximénez, confesor de obispos y virreyes. Estos imponentes fulgores opacan la luz imaginaria del propio Alexandro Favián.

Atanasio Kircher es autor de primer orden para Sor Juana; de sus teorías, la monja jerónima obtiene elementos clave para escribir los versos del *Sueño*, nos indica Osorio. Guardadas las distancias, Kircher presenta una analogía con don Carlos de Sigüenza y, con mucho, con Alexandro Favián. Ambos encarnan, cada cual a su modo, la Otredad del científico alemán. El uno, aun despedido de la Compañía, a la que es reincorporado sólo hasta poco antes de su muerte; el otro, imbuido en el pensamiento y educación jesuíticos desde niño, por haber estado avecindado al Colegio del Espíritu Santo en Puebla: "Es el caso que yo me he criado *ab incunabilis* en la Compañía, y mis casas de familia están unidas al dicho Colegio del Espíritu Santo en que siempre celebro que es lo propio si vivieran dentro o fuera religioso del..." (p. 8). Ambos hallan, en la inquietud científica, la convergencia con Kircher. Para Sigüenza es fundamental su devoción por la obra kircheriana; para Favián, el sabio jesuita alemán es modelo vital, por el que está dispuesto a gastar el resto de su vida en imitar, venerar, dedicarse a la difusión de su enseñanza y doctrina, pues puede jurar "con verdad, que después de Dios no tengo otro que Vuestra Paternidad Reverenda" (pp. 136-137). Esta devoción absoluta, que puede exasperar al lector del epistolario —no así al sabio Kircher, recuérdese— no es sino la fruición con que Alexandro Favián lee la obra kircheriana, y el placer con que de seguro relee tantas veces la privilegiada correspondencia del jesuita alemán:

No sé cómo, con qué palabras, con qué estilo o con qué modo pueda representar el grande gozo y alegría tan sin medida que mi ánimo tuvo cuando recibí, vi, conocí y leí las deseadísimas letras de Vuestra Reverencia; fáltneme, cierto, palabras porque, si fuera grande el gozo que naturalmente recibiera si me dijeran o dieran nueva que era yo electo obispo de mi patria o de otra gran provincia, aunque ninguna honra apetezco ni deseo más pongo esta comparación... (p. 20)

El epistolario, como pudiera parecer, no es de ninguna manera un cruce de elogios mutuos. La sapiencia de Kircher se ve alimentada por las aportaciones del poblano, quien logra del primero no sólo la dedicatoria mencionada, sino todo un opúsculo de su obra para hacer consideraciones sobre las pesquisas científicas de su colega de las Indias Occidentales. Esto significa en parte situar la ciencia novohispana al lado de los estudios europeos de alto nivel. El esfuerzo del poblano tiene por fin su recompensa.

La importancia de estas cartas reside en que pueden atarse cabos en lo referente a la influencia del pensamiento científico europeo de avanzada en la intelectualidad novohispana, a pesar de la prudente advertencia del doctor Osorio de que la expectativa sobre la parte de este epistolario correspondiente al padre Francisco Ximénez y a Atanasio Kircher queda defraudada si se espera de ella una erudición científica o literaria que en realidad no posee. Sin embargo, la lectura de los documentos nos produce el mismo gozo que Alexandro Favián experimenta al ser correspondido y apreciado por tan severa personalidad científica. La pasión de Favián por Kircher es un grito que halla eco no sólo en Sor Juana y Carlos de Sigüenza, sino incluso hasta el siglo siguiente, en otros jesuitas, en otros criollos, en el momento justo de la conformación de la modernidad cultural novohispana: Francisco Xavier Clavigero, Francisco Javier Alegre, Diego José Abad.

Ante la penumbra de las afirmaciones generalizadoras sobre la cultura novohispana, la luminosidad de los documentos inéditos sobre la realidad de la época permite pisar firme en la identificación de los quehaceres más significativos de la ciencia colonial. Se trata de sesenta materiales, en su mayoría cartas, cuya intención circunstancial los libera del prejuicio doctrinal o los previene del enjuiciamiento ulterior, que muestran los saberes, incógnitas e inquietudes de tres hombres de ciencia de talla desigual, pero complementaria. Bien vale detectar los impactos de la erudición europea en estos escritos formales e informales, familiares y solemnes. Es un poliedro epistolar en el que caras conocidas —Kircher; Giovanni Paolo Oliva, Superior de los jesuitas; el cardenal Chisi; Juan Caramuel, sabio polaco; el papa Alejandro VII, el emperador Leopoldo Ignacio— contrastan con otras que, si bien no resultan tan afamadas históricamente, son primordiales para hallar ese obligado nexo entre los saberes de ambos continentes: el padre Francisco Ximénez; Francisco María Tassara, emisario de Favián; Carlos

Noyele, nuevo Superior de los jesuitas al morir Oliva, el último contacto de Favián en Roma. Y el propio Alexandro Favián, sepultado por la misma infructuosidad de su colosal quimera: emular a Kircher. Y no sólo a él, indica Ignacio Osorio en su necesaria introducción al epistolario. También el sabio polaco Juan Caramuel asoma en los textos de las cartas. El incidente de Inquisición que refiere el autor con dos obras denunciadas de Caramuel, *Teologia moralis* y *Teologia fundamentalis*, permite en su desenlace demostrar la supremacía de las obras de Kircher y Caramuel: tales obras salen perfectamente libradas del asunto censorio puesto que se trata de libros eruditos, tenidos en mucha estima y alabanza por parte de los propios calificadores inquisitoriales. Los expedientes del grupo documental Inquisición en el Archivo General de la Nación (México), resguardan la constancia de este suceso.

Rastrear la influencia de Atanasio Kircher en la Nueva España, como lo indica el doctor Osorio, es labor atrayente pero intrincada; sin embargo, este epistolario o los versos del *Sueño* confirman —junto con el retrato de Sor Juana en el que Cabrera plasma un tomo del jesuita alemán, y desde luego los veinticuatro tomos de su obra que atesora Sigüenza y Góngora para legarlos después a la biblioteca del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo— la presencia de esta luz imaginaria: el espectro de la sabiduría kircherina, emitido por una linterna mágica que atrapa esquivas sombras del mundo científico novohispano, como Alexandro Favián, y firmes destellos como la propia Sor Juana, que con sus versos define así este aparato que “pintadas representa fingidas en la pared varias figuras, de la sombra no menos ayudada que de la luz” (p. xli). Con estas mismas luces y sombras Alexandro Favián construye apasionadamente su emulación de Kircher, sus relaciones con las altas esferas políticas y eclesiásticas de Europa para jamás obtener el providencial obispado que pallee los tremendos gastos de su Cofradía, y con la materia de sus sueños edifica el quimérico museo, al modo de Kircher “porque en estas tierras es necesario juntar siempre lo práctico con lo especulativo para llegar a su verdadera intelección y así, no teniendo los instrumentos de lo práctico, siempre imperfectamente nos quedaremos en lo especulativo...” (p. 28).

Sirva entonces esta acuciosa investigación del recordado Ignacio Osorio Romero en los archivos americanos y europeos, sus traducciones y transcripciones de esta abundante cantidad de documentos en lenguas diversas, como suma de su generoso esfuerzo por sacar a la luz —que tal empresa cumple el deseo manifiesto de don Juan José Eguía y Eguren en el primer tomo de su *Bibliotheca Mexicana*— para ese auténtico destierro de sombras: los datos que tanta falta hacen para iluminar el derrotero de la cultura novohispana.